



# HISPANIA NOVA

Revista de Historia Contemporánea

SEPARATA

Nº 12 - Año 2014

E-mail: [hispanianova@uc3m.es](mailto:hispanianova@uc3m.es)

© HISPANIANOVA

ISSN: 1138-7319 - Depósito legal: M-9472-1998

Se podrá disponer libremente de los artículos y otros materiales contenidos en la revista solamente en el caso de que se usen con propósito educativo o científico y siempre y cuando sean citados correctamente. Queda expresamente penado por la ley cualquier aprovechamiento comercial.



■ Francisco SÁNCHEZ PÉREZ (coord.): *Los mitos del 18 de Julio*, Barcelona, Crítica, 2013, 480 páginas, por Ana Martínez Rus (Universidad Complutense de Madrid) [anamrus@ucm.es](mailto:anamrus@ucm.es)

El título y el objetivo de esta obra responden a los muchos mitos que todavía pesan sobre la conspiración y el golpe militar que provocaron la guerra civil española. Este libro colectivo coordinado por Francisco Sánchez Pérez es fruto de un curso de verano de la Universidad Complutense, celebrado en El Escorial en julio de 2011, y dirigido por Ángel Viñas. El curso y el libro se dedicaron al historiador y militar, Gabriel Cardona, fallecido a comienzos de 2011.

El contenido de este volumen pretende explicar el origen inmediato de la guerra civil, desmontando los mitos creados por los militares y civiles sublevados desde el mismo inicio de la contienda para justificar su actuación. Además estas tesis se reelaboraron y difundieron de manera reiterada durante toda la dictadura franquista para crear y justificar la legitimidad del Estado nacido el 18 de julio. Pero lo más grave es que algunos de estos tópicos han sido remozados y puestos al día por un grupo de plumíferos neofranquistas, que han acabado calando en un sector de la historiografía académica en los últimos tiempos. En este sentido el coordinador del volumen resume de manera clara y concisa en la introducción, titulada “¿Una guerra realmente inevitable?”, todas las explicaciones falaces asumidas como verdades durante muchos años y que persisten hasta la actualidad. Básicamente destacamos la consideración del golpe como obra exclusiva de militares y de carácter únicamente interno sin implicaciones internacionales, provocado por el asesinato de Calvo Sotelo, para prevenir una revolución comunista y defender la religión y la patria del ateísmo y del separatismo. Otra tesis falsa muy extendida es la ilegitimidad del poder constituido tras las elecciones de febrero de 1936, que provocó la polarización de la sociedad española en dos bandos irreconciliables que se enfrentarían meses después en la guerra civil. Además la violencia política y social tolerada por el gobierno erróneamente calificado del Frente Popular durante la primavera de 1936 hizo insostenible la situación del país, imposibilitando la convivencia pacífica de los ciudadanos. Tras todas estas supuestas realidades subyacen interpretaciones que implican la necesidad del golpe y el fracaso de la democracia republicana, aparte de justificar el sistema político español vigente. Sólo de este modo se explica que no hayan salido a la luz hasta ahora y gracias a Ángel Viñas los cuatro contratos firmados por Pedro Sáinz Rodríguez, el número tres del partido monárquico alfonsino, Renovación Española, en Roma el 1 de julio de 1936, a pesar de encontrarse en un archivo de acceso público, el Archivo de la Fundación Universitaria Española, situado en la calle Alcalá de Madrid, y haber sido muy visitado por numerosos investigadores.

Estos contratos estudiados por el profesor Viñas en su capítulo, “La connivencia fascista con la sublevación y otros éxitos de la trama civil” evidencian claramente la complicidad de la Italia fascista en el golpe militar, más allá de las conexiones establecidas entre fascistas italianos y monárquicos

alfonsinos durante la República que en su día estudiara Ismael Saz. Era conocida la financiación de Falange por parte de los fascistas italianos, así como su colaboración en la intentona fallida de Sanjurjo en agosto de 1932 y el acuerdo de marzo de 1934. Pero ahora la evidencia primaria documental de época, como le gusta decir al autor, ha revelado la destacada participación de los monárquicos en el suministro de un importante y moderno arsenal bélico a los militares rebeldes, facilitado por los fascistas italianos, incluidos más de 40 aviones de guerra por valor de 39 millones de liras (339 millones de euros de 2010) que se financió con la inestimable ayuda de Juan March. Por tanto la decisiva ayuda fascista fue anterior incluso a la guerra, mientras que la ayuda soviética a la República española, debido a la inhibición de las democracias liberales de Gran Bretaña y Francia, se produjo dos meses después de iniciado el conflicto. A continuación del texto de Ángel Viñas se encuentran traducidos los cuatro contratos italianos, donde aparecen detallados todos los pertrechos militares. La gran cantidad y diversidad del material bélico llevaría a replantearnos la tesis comúnmente aceptada por la historiografía solvente sobre las características de la rebelión contra la República como un golpe blando; ahora parece más claro que los sublevados eran conscientes de su más que seguro fracaso y por tanto se aseguraron el armamento suficiente para una guerra.

Sobre la conspiración militar versa el trabajo de Fernando Puell, “La trama militar de la conspiración”, donde retrata el prototipo de militar golpista de 1936. El mejor ejemplo es el general de Brigada, Emilio Mola, el cerebro del golpe, cuyas “Instrucciones reservadas” se incluyen por cortesía del profesor Puell en los anexos del libro. Las motivaciones que llevaron a una minoría de oficiales a preparar la sublevación, a otros muchos a secundarla y a la gran mayoría a simpatizar con ella, estaban relacionadas con los agravios profesionales provocados por las reformas de Azaña, y con las obsesiones paranoicas del separatismo y del bolchevismo que incendiaron los cuartos de banderas a raíz del Estatuto catalán de 1932 y de la revolución de Asturias de 1934. El ruido de sables era la mejor solución para salvar a la patria de todos los males, aparte de promocionar sus carreras profesionales. Tampoco conviene olvidar la mentalidad africanista que imperaba en muchos de los militares sublevados, siendo Franco el mejor exponente de la misma. Existieron diversas tramas golpistas contra la República desde su proclamación pero, a la altura del 1936 de las cinco existentes finalmente será la de la Junta de Generales la que cuajó, lideraba por Mola y utilizando los canales de la clandestina Unión Militar Española. Los conspiradores llegaron incluso a fabricar pruebas documentales falsas sobre una intervención armada de la Komintern para establecer un estado soviético, que reforzaron aún más los temores de la oficialidad y de los sectores más conservadores del país.

Aunque uno de los tópicos más manidos ha sido que el objetivo de la sublevación militar fue la de abortar una revolución en ciernes, es decir una contrarrevolución preventiva, existe una amplia y rigurosa bibliografía que ha contribuido a desbaratar este disparate. La colaboración de Julio Aróstegui, “Una izquierda en busca de la revolución. [El fracaso de la segunda revolución]”, lamentablemente fallecido poco antes de publicarse este libro, siendo este uno de sus últimas aportaciones, abunda en esta cuestión ya que él mismo en trabajos anteriores y pioneros incidió ampliamente sobre este aspecto. En el texto señala la heterogeneidad y diversidad de los proyectos definidos como revolucionarios dentro del movimiento obrero, e incluso contradictorios, que nunca se pusieron en marcha. Aparte de señalar que los conceptos de democracia y revolución iban de la mano en los años 30, incide en el significado polisémico de la palabra revolucionario para muchos de los cambios que estaban operando en la sociedad española de entonces en torno a la construcción del

régimen republicano o bien para los venideros que anhelaban parte de distintos sectores de la izquierda española. El problema parte del error de calificar de revolucionario todo episodio de desorden social o de violencia partidista. El golpe militar realmente no quería acabar con ninguna revolución puesto que ésta no existía, lo que realmente perseguía era la supresión de todas las reformas económicas, sociales y culturales que la democracia republicana había iniciado en 1931. La paradoja fue que el supuesto golpe preventivo abrió las puertas a la revolución en unos lugares concretos, Cataluña y Aragón, y en unas fuerzas políticas concretas, la CNT-FAI y el POUM, debido al colapso del Estado republicano en los primeros meses de guerra y a la fragmentación del poder en numerosos poderes locales. Pero paradójicamente a medida que se estabilizaron los frentes bélicos y los gobiernos republicanos se hicieron con el control de la situación, la mayoría de las fuerzas de izquierdas supuestamente revolucionarias neutralizaron y reprimieron los intentos revolucionarios. Así hay que entender la entrada de los anarquistas en el gobierno, los sucesos de mayo del 37 o la supresión del Consejo de Aragón. En definitiva el profesor Aróstegui afirma que la guerra civil no fue producto de ninguna revolución ni fue una guerra revolucionaria.

Por el contrario la guerra tuvo su origen en un golpe militar contrarrevolucionario que aglutinó a carlistas, alfonsinos, cedistas y falangistas. En el capítulo “La radicalización de las derechas”, Eduardo González Calleja, explica las diferencias doctrinales, programáticas y estratégicas de estas fuerzas políticas, en algunos aspectos antagónicas, pero que acabaron unidas por el rechazo a la democracia republicana, dando cobertura ideológica a la sublevación militar y colaborando con ella pero sometidos a su autoridad. Así los carlistas aportaron sus milicias de voluntarios armados, los requetés, en contra del criterio de Fal Conde, y los jóvenes falangistas, curtidos en actos violentos contra militantes de izquierdas o contra cargos institucionales, se sumaron con entusiasmo a las operaciones militares y a las actuaciones represivas en la retaguardia. Por el contrario los monárquicos alfonsinos y los cedistas contribuyeron a la causa sufragando los cuantiosos gastos de la guerra, aparte de las conexiones de los alfonsinos con los fascistas italianos en la preparación del golpe y la financiación durante años de Falange, donde acabaron ingresando muchos de los miembros de las Juventudes de Acción Popular. Aparte de la defensa a ultranza del antiparlamentarismo, del antiliberalismo y del antimarxismo, el más claro rasgo de la radicalización de esas derechas extremas fue la utilización de las milicias paramilitares, de la violencia política para conseguir sus objetivos, en un proceso definido como la fascistización de las derechas en la Europa de entreguerras. Aunque finalmente ninguna fuerza se decidió a protagonizar la insurrección contra la República y todas acabaron confiando “en la intervención militar tradicional” (p. 237).

Estas fuerzas de derechas eran defensoras de un catolicismo integrista y contrarios al proyecto laicista republicano de separar Iglesia y Estado, así como al proceso de secularización de la sociedad. Hilari Raguer en su trabajo “«España ha dejado de ser católica». La Iglesia y el «alzamiento»” analiza el papel del catolicismo militante y de la jerarquía en el golpe del 18 de julio. A pesar de la hostilidad de muchos obispos al régimen republicano, ninguno participó en los planes golpistas, ni la defensa de la religión fue incluida en las Instrucciones de Mola o en las primeras proclamas de los militares rebeldes. Tampoco apareció la cuestión religiosa entre los objetivos o las motivaciones de los bandos que proclamaron el estado de guerra. Otra cuestión será la justificación ideológica que la Carta colectiva de los obispos españoles, redactada por el cardenal Gomá y publicada el 1 de julio de 1937, otorgó al autodefinido bando nacional, calificando la guerra como *Cruzada*. Asimismo la persecución religiosa desatada en la retaguardia republicana contribuyó a la identificación de la causa franquista

con la defensa de la religión católica a nivel internacional. Como afirma el autor “una derecha de intereses, que no de creencias o valores, esgrimió la bandera religiosa tomando el nombre de Dios en vano. A efectos políticos, y eventualmente militares, España seguía siendo católica”.

La defensa de la nación española, de la patria en peligro, frente a los separatismos y frente a la ingerencia de Moscú unió a toda la derecha antiliberal y a los militares sublevados, provocando la autodenominación del bando insurgente como nacional y la demonización del enemigo como representante de la Anti-España. La aportación de Xoxé M. Núñez Xeixas, “Ni rota ni roja: el peligro separatista y la invocación a la nación en el golpe de Estado de julio de 1936” aborda la importancia del nacionalismo en las motivaciones de los conspiradores, así como su efecto como palanca movilizadora en las primeras semanas de la contienda, antes de la construcción ideológica de la legitimación religiosa y de la *Cruzada*. El discurso de la integridad de la nación española y de la independencia nacional frente a todo lo extranjero y extranjerizante sirvió incluso de justificación de la sublevación contra el gobierno legítimo. Además el profesor Núñez Xeixas expone que la defensa del nacionalismo español sirvió como elemento aglutinante entre las distintas sensibilidades ideológicas y diversos proyectos políticos que sostuvieron el esfuerzo bélico franquista. El sentimiento patriótico fue invocado antes que el religioso, y luego se fundieron como argumento fundamental en la España de Franco, aunque con matices, ya que para los falangistas la nación precedía a Dios y para los tradicionalistas y monárquicos Dios era antes que la patria. Aunque se esgrimió que la verdadera España se encontraba en las provincias y en los pueblos, mayoritariamente rurales, frente a las ciudades modernas y decadentes, y cuyo peor ejemplo era el Madrid resistente, se acabó imponiendo un modelo centralista como solución a las supuestas amenazas desintegradoras y autonomistas de la nación.

Fernando Hernández Sánchez desmonta en su participación, “Con el cuchillo entre los dientes: el mito del «peligro comunista» en España en julio de 1936”, otro de los mitos insistentemente reiterados por los franquistas para legitimar el golpe contra el sistema democrático. La supuesta revolución comunista que milagrosamente impidió el llamado *Alzamiento*, a pesar del carácter minoritario de esta fuerza. Aparte de la burda falsificación de documentos, ya mencionada, el ascenso del Partido Comunista durante la contienda vendría a ratificar estos planteamientos iniciales, explicando las causas por las consecuencias. A pesar de los mensajes apocalípticos, que alertaban contra todos los temores y peligros derivados de la inminente revolución proletaria, subvirtiendo el orden social y atentando contra la propiedad, la posición del PCE, fue la de colaborar y apoyar al gobierno republicano para consolidar el programa reformista, alejándose de temerarias aventuras revolucionarias, en consonancia con las directrices de la Internacional Comunista. Por tanto el autor concluye que no existía ninguna amenaza de revolución comunista en la primavera de 1936, aparte de que era inviable por las condiciones del PCE y por la política geoestratégica de la URSS.

Francisco Sánchez Pérez en su contribución “Las reformas de la primavera del 36 (en la *Gaceta* y en la calle)” desmantela el tópico de que el caos, la anarquía y la violencia de los meses previos a la insurrección con la consiguiente tolerancia o impotencia gubernamental condujeron inexorablemente al enfrentamiento fratricida. En su análisis combina el análisis de la importante movilización social y política que hubo en el país en esos meses para hacer cumplir el programa del Frente Popular, junto con la intensa actividad legislativa en un proceso de retroalimentación de ambas dinámicas. En este sentido se estudia la intensificación de las reformas sociolaborales, principalmente

la agraria, por presión de la calle pero también por la actuación parlamentaria. Tras la experiencia y decepción del primer bienio por la lentitud burocrática y el boicót de propietarios y patronos a las reformas, aparte de la paralización de las mismas durante el bienio radical-cedista, se intensificaron los repertorios de la acción colectiva para hacer cumplir las promesas electorales, considerando el momento como una oportunidad política histórica. Asimismo los gobernantes y diputados de izquierdas con sus decisiones querían calmar la impaciencia y canalizar legalmente las actuaciones de los trabajadores. Aunque los estudios agrarios locales confirman que en zonas tradicionalmente muy combativas como Sevilla, Granada o Jaén hubo menos huelgas que durante el gobierno republicano-socialista o que incluso en otros periodos anteriores de la monarquía de Alfonso XIII. Pero la protesta se hizo muy visible en la capital, Madrid, con huelgas de gran repercusión y duración como la de la hostelería o la de la construcción, amplificando en exceso el conflicto sociolaboral a nivel nacional. Sin embargo en ciudades como Barcelona o Zaragoza con gran tradición de lucha, los conflictos fueron menores, debido en buena medida al declive anarcosindicalista, según el autor. Tampoco se vivieron grandes altercados en urbes como Oviedo o Bilbao. Por tanto las circunstancias y los datos ofrecidos matizan esa imagen estereotipada de desmanes y violencia generalizada en el campo y en las ciudades asociada a ese breve período tiempo y justificadora del golpe militar.

En el último capítulo, “La «primavera trágica de 1936 y la pendiente hacia la guerra civil”, José Luis Ledesma desarticula la leyenda negra sobre los asesinatos y atrocidades que siguieron a las elecciones de febrero del 36 como preludeo de la violencia de la guerra civil. Con esta construcción mítica o tropo, como le gusta decir al autor, no sólo se justificaba el golpe como lícito y necesario sino que se argumentaba la ilegitimidad de origen y de ejercicio del gobierno republicano, siguiendo el Dictamen de la comisión que se creó para tales efectos en el Ministerio de Gobernación en 1939. Esta cuestión nada baladí culmina en dilucidar la responsabilidad de la cruenta contienda, cargando todas las tintas sobre la izquierda en unos casos, o bien llegando a una equidistancia entre ambos bandos en otros enfoques. No se pueden negar los importantes episodios de violencia política y social que hubo pero siendo rigurosos con los hechos y el contexto. La mayoría de las víctimas, fruto de choques con las fuerzas de orden, fueron jornaleros, trabajadores y militantes de izquierdas, aparte de bajas falangistas, debido a su actuación violenta y desestabilizadora en milicias armadas. En cualquier caso no procede hablar de terror rojo, ni de violencia revolucionaria que forzosamente tenía que derivar en una guerra civil. Además la violencia de esos meses fue muy variopinta, respondiendo a conflictos sociolaborales, luchas políticas e ideológicas, cuestiones identitarias o simbólicas. Otro tema crucial es el papel del Estado republicano, así para unos fue muy débil, incapaz de defender el orden, y para otros, aparte de no reprimir los desmanes de las izquierdas, siendo incluso rehén o cómplice de ellas, fue implacable en la persecución de las personas de derechas, llegando incluso a acusar a las autoridades de culpabilidad en el asesinato de Calvo Sotelo. Es evidente que no resultó eficaz en el mantenimiento del orden público ni en desarticular la trama conspirativa, pero no se le puede acusar de todos los errores, incluidos unos y los contrarios a la vez. Además, muchos de los mensajes catastrofistas de entonces, reproducidos acriticamente por historietógrafos e historiadores, respondían a una estrategia política de acoso y derribo del gobierno y del régimen republicano para aceptar la solución de fuerza liderada por los militares. Por último, el autor insiste en que hay que distinguir claramente entre la violencia durante la República en paz y durante la contienda porque la guerra marcó un punto de inflexión que impide equiparar ambas violencias, o bien considerar la segunda como culminación de la primera.

A pesar de ser un libro colectivo, donde cada especialista expone su tema, el contenido está bien armado, hay referencias comunes a cuestiones interrelacionadas, pero sin reiteraciones o repeticiones excesivas. Es una obra de referencia para acabar con los múltiples mitos que acompañan el golpe del 18 de julio. Combina la investigación y la reflexión con una amplia bibliografía clásica y actualizada, a caballo entre un libro de divulgación y una monografía especializada. Será de gran utilidad para el lector curioso y ávido sin prejuicios, pero me temo que a pesar de lo riguroso de sus datos, argumentaciones y fuentes no va a servir para desmontar las construcciones falaces de los autores y defensores del mal llamado revisionismo, incluido el académico. Aunque igual tienen que modificar algo sus posiciones o sofisticar sus peregrinas exposiciones ya que muchas de las explicaciones que se dan en este texto torpedean la línea de flotación de las tesis esgrimidas por ellos.

**Ana Martínez Rus**  
Universidad Complutense de Madrid.